

¡Que viva la poesía!

Donald Hall

PARA ALGUNOS CRÍTICOS los poemas de hoy son siempre inferiores a los de ayer. Algunos días, cuando uno lee el periódico, parece evidente que Estados Unidos es un país consagrado a la poesía. Puede uno engañarse sólo leyendo las páginas deportivas. Luego de topar con dos referencias a la “poesía en movimiento”, a propósito del patinaje artístico y a las carreras de caballos del Derby de Kentucky, lee uno que cierto parador en corto de beisbol es el poeta de su posición y que los veleros compitieron bajo un cielo azul que era poesía pura. En las tiras cómicas, Zippy elogia el atavío de Zerbina: “Eres un poema vestido de poliéster”. Hay un anuncio donde el director de una funeraria reflexiona sobre lo necesaria que es la poesía en nuestras vidas cotidianas. No es fácil poner en claro de qué habla, pero no cabe duda de que esta poesía no tiene nada que ver con poemas; suena más bien a echarse siestas.

La poesía, por lo tanto, parece ser *1)* un sinónimo ocioso de excelencia o inconsciencia.

¿En qué más concuerdan las ideas corrientes sobre la poesía?

2) Hay consenso universal de que nadie la lee.

3) Hay consenso universal de que no leer poesía es *a)* muy moderno y *b)* progresista. De *a)* se sigue que algún tiempo atrás (fecha errante, como lo que le parecen “viejos tiempos” a un niño de seis años) nuestros antepasados leían poemas y los poetas eran ricos y famosos. De *b)* se deduce que cada año hay menos gente que lea poemas (o compre poemarios o asista a recitales) que el año anterior.

Otros hechos bien sabidos:

4) Sólo los poetas leen poesía.

5) Los propios poetas tienen la culpa de que “la poesía haya perdido su público”.

6) Hoy todo el mundo sabe que la poesía es “inútil y completamente pasada de moda”, como dijo Flaubert en *Bouvard et Pécuchet*, un siglo atrás.

Para ampliaciones y repeticiones de estos hechos bien conocidos repásense volúmenes de la revista *Time*, véase el trabajo de Edmund Wilson “Is Verse a Dying Technique?”, véanse los periódicos actuales de cualquier lugar, las entrevistas con editores, las reseñas de libros escritas por poetas, así como el artículo donde el ensayista Joseph Epstein reúne todos los estereotipos acerca de la poesía que corren desde hace dos siglos, bajo el título de “¿Quién mató la poesía?”

Time, que en 1922 describió *La tierra baldía* como una tomadura de pelo, canonizó a T. S. Eliot con portada y texto en 1950. Los autores y redactores de *Time* habían cambiado en treinta años, claro está, pero no dejaban de ser iguales: los gigantes siempre envejecen y mueren, dejando detrás a los pigmeos. Después de la era de Eliot, Robert Frost, Wallace Stevens, Marianne Moore y William Carlos Williams, los diminutos sobrevivientes fueron Robert Lowell, John Berryman, Randall Jarrell y Elizabeth Bishop. Al ir muriendo los sobrevivientes, jóvenes periodistas elegiacos revelaron que los pigmeos difuntos habían sido gigantes todo el tiempo. Sólo *ahora* eran enanos los jóvenes poetas. Sin duda hay ya obituarios que elogian a Allen Ginsberg. ¿Recuerda alguien lo que decía *Life* de la generación *beat* hace treinta años?

“¿Es el verso una técnica moribunda?” Edmund Wilson respondió que sí en 1928. No se trata de uno de los mejores ensayos del maestro. La vasta visión de Wilson recalca el hecho de que los médicos y los físicos ya no recurren a la poesía para escribir sobre la medicina o sobre el universo.

Lucrecio está muerto, sí. Y, cómo no, la noción de la poesía que tenía Coleridge difería no poco de la de Horacio. Pero Wilson anunciaba asimismo, en 1928, que la poesía se había venido abajo porque “a partir de la generación Sandburg-Pound ha ocurrido algo nuevo en el verso: desaparecen la agudeza y la energía; lo mejor cede el paso a un cansancio desmoralizado”. (Está hablando, por supuesto, durante el apogeo de Moore y Williams, Frost, Stevens y Eliot; en 1948 agregó un párrafo en el que reconocía nerviosamente a W. H. Auden, a quien había desairado veinte años antes.) Cosa pasmosa, pasa a exponer la fuente del problema: “Lo malo es que hoy en día no hay técnica de versificación más anticuada que el verso blanco. Los viejos pentámetros yámbicos carecen ya de cualquier relación con el ritmo y el lenguaje de nuestras vidas. Yeats fue el último que consiguió escribirlos”.

Sólo que Yeats no escribió verso blanco que en verdad interese. Y se da el caso de que dos norteamericanos de tiempos de Wilson escribieron espléndido verso blanco. Frost, partiendo de Wordsworth, creó un verso blanco norteamericano idiomático, sobre todo en sus monólogos dramáticos, quizás el mejor ejemplo moderno de esta forma; Stevens, partiendo de Tennyson, escribió verso blanco tan brillante como el de “Titón”. Léase “Entierro casero” de Frost y “Domingo en la mañana” de Stevens, y dígame que el verso blanco era anticuado en 1928.

La poesía nunca fue el lado fuerte de Wilson. Vale la pena recordar que a Wilson le pareció que Edna St. Vincent Millay era la gran poeta de su época: mejor que Frost, Moore, Eliot, Pound, Stevens y Williams. En una posterior autoentrevista de Wilson, en *The New Yorker*, reveló que entre los poetas contemporáneos sólo Robert Lowell merecía ser leído. Se ahorra uno un montón de tiempo sin tener que asomarse a Elizabeth Bishop, John Ashbery, Galway Kinnell, Louis Simpson, Adrienne Rich, Sylvia Plath, John Berryman.

Sesenta años después de ser informados por Wilson de que el verso agonizaba, Joseph Epstein revela que fue asesinado. Por supuesto, la edad de oro para Epstein—Stevens, Frost, Williams— es la época del “cansancio desmoralizado” de Wilson. Todo cambia y todo sigue igual. La poesía siempre estuvo en buena forma veinte o treinta años atrás; ahora y siempre se la ha llevado el diablo. Llevo cuarenta años oyendo este lamento, no sólo por parte de distinguidos críticos y ensayistas, sino también de profesores y periodistas que disfrutaban contemplando con alarma nuestra cultura. La repetición de una fórmula, en circunstancias cambia-

das y con diferentes particulares, no invalida un lamento formulario: insinúa que la fórmula representa algo más aparte de lo superficial.

Al preguntar “¿Quién mató la poesía?”, Epstein comienza recalando que a él no le disgusta: “me enseñaron que la poesía era en sí misma algo elevado”. Admite su “lenguaje casi religioso” y afirma que fue durante los años cincuenta cuando “la poesía mantuvo por última vez su aura religiosa”. ¿Fue Epstein a la escuela “durante los años cincuenta”? Si asistiera a recitales de poesía en 1989, con los ojos abiertos, vería a veinteañeros experimentar emociones casi religiosas. Uno de ellos, casi con absoluta seguridad, escribirá un ensayo en el año 2020 informando al mundo que la poesía se enmohece en la tumba.

Rendir culto no es amar. Quienes a los cincuenta deploran la muerte de la poesía son los mismos que, a sus veintitantos, “aprendieron a exaltarla”. Un detractor de la poesía en su edad mediana es el estudiante que veinte años antes respiraba anhelante en las lecturas de poesía, durante la “era Pound-Sandburg” de Wilson, o la era de las auras de Epstein, con “T. S. Eliot y Wallace Stevens, Robert Frost y Williams Carlos Williams”. Al salir de la universidad, mucha gente deja de leer la poesía del momento. ¿Por qué no? Se entregan al periodismo o a la erudición, a escribir ensayos o a ser editores, intermediarios o a los desperdicios sólidos. Se escabullen de aquella Iglesia de la poesía de antes de graduarse. Años más tarde, al echar una ojeada tardía al escenario poético, nos participan que la poesía está muerta. Dejaron la poesía, así que le echan la culpa a la poesía por dejarlos. A decir verdad, lamentan su propio envejecimiento. ¿No lo hacemos todos? Pero hay quienes no echamos la culpa a los poetas.

Las vagas elegías a la muerte de la poesía no necesitan respuesta. No obstante, una mentira repetida con frecuencia puede convertirse en hecho. Epstein informa que “*Los Angeles Times* anunció que ya no reseñaría poemarios”. En *The Washington Post* el crítico Jonathan Yardley se refirió al mismo hecho, que nunca aconteció, y aplaudió que nunca aconteciera.

El editor de *Los Angeles Times Book Review* se limitó a anunciar que su periódico reseñaría menos libros; en cambio, *Review* presentaría un poema completo cada semana, con una nota acerca del poeta. En los dos años que van desde que se implantó este sistema, *Los Angeles Times* ha seguido reseñando poesía—más que *The New York Times Book Review*— y por añadidura viene imprimiendo una antología de poesía norteamericana contemporánea. Es

probable que *Los Angeles Times* preste más atención a la poesía que ningún otro periódico del país. Cuando anunció su nueva política, los poetas plantaron una cerca en torno a la publicación. A los poetas nos gusta hacer de víctimas, nos parece emocionante la enajenación y el agravio.

Cada año aparecen en Estados Unidos más de mil libros de poesía; más gente escribe poesía —y la publican, la escuchan y presumiblemente la leen— que nunca. Pero reconocamos en seguida y sin empacho que no hay poeta que venda como Stephen King, autor de emocionantes novelas, que la poesía no es tan popular como la lucha profesional, y que en Estados Unidos asisten menos personas que en la Unión Soviética a los recitales de poesía. Ronquidos, ronquidos. Más gente lee hoy poesía en Estados Unidos que en el pasado.

Cuando yo iba a la escuela en los años cuarenta había menos lecturas de poesía; sólo Frost daba muchas. Si consultamos las biografías de Stevens y Williams, nos damos cuenta de que para ellos una lectura de poesía era un acontecimiento desacostumbrado. La revista *Poetry* reproducía en su contraportada la pretensión de Walt Whitman de que “para tener grandes poetas debe haber también grandes públicos”; se antojaba una noción ociosa. Entonces las lecturas se multiplicaron a fines de los años cincuenta, diluviaron en los sesenta y seguían así al acercarse los noventa.

Las lecturas hacen que se vendan libros. Cuando en los años cincuenta los editores comerciales publicaban el tercer libro de un poeta más o menos destacado, imprimían setecientos cincuenta ejemplares encuadernados, tal vez mil. Si la edición se agotaba en tres o cuatro años, todo el mundo quedaba contento. El mismo editor querría hoy imprimir al mismo poeta en una edición de cuatro mil a cinco mil ejemplares, en pasta dura y en rústica, y la obra tendría buenas probabilidades de ser reimpresa. Últimamente hay una docena o más de poetas norteamericanos que han vendido al menos algunos de sus libros por docenas de miles: Rich, Ginsberg, Ashbery, Kinnell, Robert Bly, Robert Creeley, Gary Snyder, Denise Levertov, Carolyn Forché; otros más, sin duda. Lo último que supe fue que Galway Kinnell se había acercado a los cincuenta mil ejemplares con su *Book of Nightmares* de 1971.

No sólo pueden aducirse las ventas de libros para sustentar el hecho de que el público de la poesía ha aumentado diez veces su número en los últimos treinta años. Si bien las lecturas de poesía suministran el mayor auditorio nuevo, hay asimismo más revistas de poesía y éstas venden más ejemplares. En 1955 nadie habría creído a quien sugiriera

que dos o tres decenios después en Estados Unidos habría un tabloide bimensual de poesía con circulación de veinte mil ejemplares, adquirible en los puestos de periódicos, de costa a costa. Todo el mundo se queja de *The American Poetry Review*; nadie reconoce cuán notable es que exista.

Hace pocos años una publicación de la industria editorial imprimía una lista de los éxitos de librería comerciales, a la rústica, de todo tiempo, comenzando por *The Joy of Sex*, del cual se vendieron millones, hasta llegar a libros que sólo habían vendido doscientos cincuenta mil ejemplares. Se dio el caso de que leí la lista poco después de saber que de *Coney Island of the Mind*, de Lawrence Ferlinghetti, se habían vendido más de un millón de ejemplares. En vista de que era un libro de poesía, aquella publicación daba por entendido que sus ventas no contaban.

Cuando expongo estos hechos tropiezo con una feroz resistencia. Nadie quiere creerme. Si llego a convencerlos de que estas cifras son correctas, me salen con excusas: Bly vende porque se exhibe, Ginsberg porque tiene mala reputación, Rich vende por razones de política feminista. La gente sale con estas excusas ante los altos números porque los conceptos de que la poesía ha caído en desgracia son importantes, tanto para los detractores de la poesía como para quienes la apoyan. ¿Por qué casi todo el que tiene que ver con la poesía pretende que el público de la poesía ha disminuido? Sin duda algo tiene que ver el afán de fracaso y humillación. Hay un motivo más, conmovedor aunque desatento: algunos amamos tanto la poesía que nos parece un ultraje que no esté presente en la vida de *todos*. Esta pasión dolida nos hace exagerar, diciendo que “nadie lee poesía”.

Cuando contradigo semejantes conceptos insisto primero en los puros números. Todo el que tiene que ver con el arte aborrece las estadísticas, pero no por ello deja de contarnos que “nadie lee poesía”: noción numérica y por añadidura falsa. Pero también necesito insistir: tengo fe en la calidad de la mejor poesía contemporánea, creo que la mejor poesía norteamericana de nuestros días constituye una literatura de consideración. Una *American Poetry After Lowell*—antología de cuatrocientas páginas limitada, digamos, a mujeres y hombres nacidos entre los años veinte y los cuarenta— podría reunir una gran masa de obra diversa, inteligente, bella, conmovedora, que perdurará. Téngase presente: se restringirá a la céntesima parte del 1% de la poesía publicada. Si escribe uno sobre la poesía de hoy, tiene que reconocerse que la *mayoría* es atroz: la mayoría de la poesía de cualquier momento dado es atroz. Si escri-

be usted un artículo sosteniendo que la poesía se halla en condición atroz, siempre acertará, de modo que no pasará de hacerse ilusiones.

Nuestro problema no está en la poesía sino en su recepción por parte del público. Aun cuando tengamos más poesía hoy, tenemos menos reseñas en revistas nacionales. Tanto *Harper's Magazine* como *The Atlantic* han abandonado los repastos trimestrales de poesía. *The New York Times Book Review* nunca mostró gran interés, pero conforme ha aumentado la popularidad de la poesía, *Times* ha reducido su atención. *The New York Review of Books*, siempre más política que poética, concede cada año menos espacio a la poesía. La mayor caída está en *The New Yorker*, que en otro tiempo publicaba en forma regular los ensayos de Louise Bogan sobre "verso". En los últimos tiempos, cuando la revista toca el punto, su principal crítica de poesía, Helen Vendler, parece más inclinada a escribir acerca de una traducción, o sobre un poeta seguro por haber muerto ya. Personas como Bogan, Conrad Aiken y Malcolm Cowley ejercían el periodismo literario para ganarse la vida. Sus sucesores de hoy imparten clases lunes, miércoles y viernes. Quien tiene un puesto en una universidad no necesita escribir reseñas de libros.

La poesía sale perdiendo, y sus lectores también, pues nos hace falta un equipo de reseñadores que tamicen el gran volumen de material. El peso de las cifras desanima a los lectores que quisieran mantenerse al corriente. Más poesía que nunca. Y, ¿cómo elegir?, ¿cómo encontrar o identificar obras nuevas bellas? Cuando hay suficientes reseñadores pregonando sin cesar y fomentando el desarrollo, sirven como antenas que exploran la desconcertante abundancia del terreno.

Aparte del peso de los números, otra fuente perenne de confusión es el partidismo. Cuando tenía yo poco más de veinte años y escribía estrofas yámbicas, los largos versículos libres de "Aullido" de Allen Ginsberg me resultaban un reproche viviente. Denigré a Allen por una temporada: "Si está en lo cierto, tengo que estar equivocado". Esa actitud de "o lo uno o lo otro" es tonta y trivial: las restricciones son empobrecimientos. En los años veinte no estaba permitido admirar a la vez a T. S. Eliot y a Thomas Hardy; era difícil para los intelectuales que admiraban a Wallace Stevens y sus chácharas hallar espacio para Robert Frost y sus temas. Mirando atrás, hacia el prolongado apogeo de la poesía moderna, alejados de partidismos gracias al tiempo, podemos admirar el virtuosismo de la época, las diversas excelencias de aquellos caracteres dispares nacidos

entre 1870 y 1890, que se conocían pero escribían como si no. ¿Qué cuarteto más disímil que el de Moore, Williams, Stevens y Frost?

Tal vez un cuarteto actual. Tal vez seamos tan ricos y múltiples ahora como entonces. Hoy por hoy, si nos permitimos eclecticismo o incluso ecumenismo, disfrutamos de gran variedad. Limitándonos a la obra reciente de poetas más bien jóvenes, podemos disfrutar nueva poesía narrativa (la historia de aventuras sobre la primera aviación, de Robert McDowell, "Dinero callado", *Town of No*, de Wesley McNair), deslumbrarnos con la agudeza del lenguaje (*Captive Audience*, de Bob Perelman), animarse con la energía de Molly Peacock (*Take Heart*) y hallar placer en los precisos acabados de Elizabeth Spires (*Annonciade*).

Hay mil maneras de amar un poema. Los mejores poetas establecen maneras nuevas y esos nuevos caminos suelen costar, hasta acostumbrarse uno. Los recitales de poesía ayudan a la comprensión (lo cual explica el auge de la poesía aun sin reseñas), ya que la voz y el gesto del poeta permiten ingresar en la poesía: es una entrada, una mano en el codo. Los recitales sirven, sí, pero no son eficientes como sustitutos de las reseñas. Y no es fácil discernir si nos gusta el poema o su presentación.

Hay, al menos, muchos poetas, muchos recitales y *hay* un público. Para alguien como yo, nacido en los años veinte—que produjeron gran poesía pero desdénaron leerla, mientras la editorial Knopf remataba el exceso de ejemplares de *Harmonium* de Wallace Stevens—nuestro momento poético es estimulante. En tanto yo crecía, entre los años treinta y los cincuenta, los poetas rara vez leían en voz alta y se sentían felices vendiendo mil ejemplares. Ahora que entramos en los años noventa el clima norteamericano es infinitamente más generoso para la poesía. En cartas de lectores, en hileras de oyentes, hasta en la tienda calle abajo encuentro generosa respuesta. La hallo en revistas y en oyentes en Idaho, Ohio, Carolina del Sur y Oklahoma. La encuentro en libros publicados y en ventas extraordinarias de muchos libros.

En tanto la mayoría de los lectores y poetas concuerdan en que "nadie lee poesía"—y nos calentamos junto a los fuegos gregarios de nuestro arte solitario—una multitud de nadies empieza a constituir el gran auditorio que Whitman buscaba. •

DONALD HALL ha publicado once libros de poesía desde 1955. El más reciente, *The One Day: a Poem in Three Parts*, obtuvo el Premio Nacional del Círculo de Críticos de Libros. Este ensayo ha sido adaptado de su introducción a *The Best American Poetry* (1989).